

BOLETIN

DE LA

Comisión Provincial de Monumentos

HISTÓRICOS Y ARTÍSTICOS

DE

ORENSE



SUMARIO

- MANUEL CHAMOSO LAMAS.—*El Altar del Apóstol en la Catedral de Santiago.* (Concluirá).
ALBERTO VILANOVA.—*Vida y Obra de Saco y Arce.*
FR. AURELIANO PARDO.—*Dominicos Orensanos Ilustres.*
FR. AURELIANO PARDO.—*Misioneros Dominicos Orensanos.*
-

EL ALTAR DEL APOSTOL EN LA CATEDRAL DE SANTIAGO

(Su valor representativo y artístico)

Por Manuel Chamoso Lamas

Una de las obras de mayor importancia efectuadas en la Catedral compostelana fué la de reforma del altar del Apóstol y, en general, la reconstrucción de toda la capilla mayor, llevada a cabo en la segunda mitad del siglo XVII. Es esta la primera obra que en Santiago—principal centro artístico de la región en todos los tiempos—rompe con las severas normas del clasicismo y determina los nuevos cauces por donde el afán artístico de la época, pleno de delirio ornamental, va a lanzarse para llegar a la grandiosa victoria del barroco.

Sin embargo, aun teniendo en cuenta el valor artístico que podemos reconocer en tan importante obra, mas nos mueve a la publicación de estas notas su valor representativo, el cual como veremos, pesa no solo en el desarrollo del barroco gallego, tan importante como poco conocido, sinó en lo que respecta a todo el barroco nacional.

Recoge López Ferreiro ⁽¹⁾ extensos e importantes datos refe-

(1) A. López Ferreiro: «Historia de la Santa A. M. Iglesia de Santiago», Tomo IX.

rentes a la reconstrucción del altar del Apostol y su tabernáculo, datos que nosotros hemos tratado de ampliar con otros examinando el archivo de la Catedral compostelana. Ateniéndonos a lo que unos y otros indican, vemos que la obra llegó a absorber por completo las actividades del Cabildo durante gran parte de la segunda mitad del siglo XVII. Tres fechas destacan en su ejecución: 1643, año en que se acordó llevarla a cabo; 1659, en que se comenzó; 1670, en cuyo año se procedió a la labor de pintura y dorado, lo cual indica que se hallaba concluido el tabernáculo, al menos en su casi totalidad. Estas tres fechas, tan distantes entre si, desconciertan sobremanera por tratarse de una obra principal y que requería, además, rápida ejecución, debido al culto intensísimo de que es objeto el Apostol Santiago; por eso, es preciso examinarlas detenidamente y fijar de manera positiva el valor representativo que tienen en el desarrollo artístico de esta construcción. Ahora bien, de toda ella lo que nos interesa de manera primordial es el altar del Apostol y el gigantesco y complicado baldaquino que lo cubre. Un ligero exámen que de él se efectúe basta para recoger una impresión de intenso barroquismo. Columnas salomónicas cubiertas de pámpanos; racimos y hojas; masas colosales, de contornos acusados y con nuevo sentido de la forma, misteriosamente sostenidas en el espacio; pilastras enormes, con su rehundido cubierto de frutos; volutas gigantescas, líneas mixtas etc., todo aparece en profunda y buscada fusión de elementos y formas. Por otra parte, el lujo y valor de los materiales empleados, el derroche y variedad de los múltiples recursos expresivos, en una palabra, el aspecto fantástico de la obra, la presenta como una de las más maduras producciones del estilo barroco. Con esto contrastan, notablemente, las fechas de su construcción, en las cuales encajan mejor las primeras manifestaciones del estilo, pobres y vacilantes.

Entre los elementos que más destacan en esta obra por su barroquismo figura la columna salomónica cubierta de pámpanos y racimos, que, como se sabe, fué el motivo ornamental característico adoptado por los famosos retablistas del siglo XVIII, principalmente los hermanos Churriguera, genuinos representantes del barroco castellano.

Realmente, entre todas las formas constructivas, tiene la co-

lumna salom3nica un valor de expresi3n y vida propios que difilmente puede compararsele ning3n otro. La tendencia natural del barroco a lograr una movilidad constante hall3 en ella su m3s famoso representante artstico, si bien atendido a lo puramente ornamental, pues se aleja de toda posibilidad arquitect3nica en la cual no encaja con la debida significaci3n mec3nica que le corresponde. Sin embargo, su empleo no es exclusivo del arte barroco; ya los romanos la utilizaban por el siglo I de nuestra era ⁽¹⁾, como demuestran las existentes en los Museos Vaticano y de las Termas; pero la m3s conocida es la de la Baslica de San Pedro, probablemente del siglo IV, y que seg3n la tradici3n procede del templo de Salom3n, de donde tom3 nombre. En la edad media si existi3 el fuste salom3nico fu3 de manera tan estilizada que se convirti3 en un fuste helicoidal. Mas tarde, la misma columna de la Baslica de San Pedro sirvi3 de modelo a las reproducidas por Rafael en sus cartones para tapices; tales el existente en el Museo Victoria Alberto de Londres y el mucho m3s conocido de la curaci3n del leproso, 1515-16. Cronol3gicamente, siguen las empleadas en la fuente llamada «de las columnas torsas» de la villa d'Este, en Tivoli (provincia de Roma), y que Ricci ⁽²⁾ reproduce fech3ndolas en 1573. Pueden considerarse estas representaciones de la columna salom3nica como el precedente en piedra de las construidas por Bernini para el baldaquino de San Pedro, entre 1627 y 1632, donde tal elemento triunfa definitivamente. A partir de este momento su empleo es frecuente por los maestros italianos.

En cuanto a Espa3a, era tradicional un tipo de fuste de estructura mec3nica an3loga a la salom3nica y que fu3 empleado, principalmente, en el per3odo Isabelino; tales son las columnas torsas de la Lonja de Palma de Mallorca (1426-48) y las de la Lonja de Valencia, por influencia de la anterior construcci3n. Los patios del palacio de los Duques del Infantado en Guadalajara, de San Gregorio de Valladolid y otros menos importantes, presentan columnas torsas o helicoidales, en las cuales la esencia barroca del arte Isabelino se manifiesta plenamente.

(1) A. Garc3a y Bellido: «Avances para una monograf3a de los Churriguera» en Archivo Espa3ol de Arte y Arqueolog3a, Madrid 1929.

(2) Corrado Ricci: «L'Architecture Baroque en Italie».

No obstante, la columna salomónica propiamente dicha, no aparece en España hasta las primeras manifestaciones definidas del barroco. Por hoy no puede fijarse con exactitud la aparición y empleo de este elemento de tan gran valor decorativo, únicamente pueden anotarse algunos conocimientos en torno a la cuestión que nos aproximan a la conclusión definitiva. Sabemos que Rubens pinta en Italia, durante su primer viaje, el cuadro de Santa Eulalia (1602) en cuya composición copia la columna del Vaticano. Siguió pintando columnas salomónicas, principalmente en los cartones para tapices. Así, en 1628, hizo los cartones para los tapices de las Descalzas Reales de Madrid, representando los triunfos de la Eucaristía, cuyas composiciones se hallan limitadas unas veces por columnas salomónicas y otras por columnas enfajadas. Los tapices fueron ejecutados por Juan Raes y enviados a España alrededor de 1636. Esta es, sin duda, una de las más seguras vías de importación de la columna salomónica a España, tal y como la aceptó el estilo barroco. De los tapices sería tomado este original, motivo ornamental y adoptado por los artistas barrocos en sus magnas creaciones religiosas.

Hasta ahora se consideraba como las primeras columnas salomónicas hechas en madera las del retablo mayor de la Compañía de Granada, obra del hermano Diaz del Ribero y fechadas por el Sr. Gómez Moreno en 1660. Todos cuantos ejemplares se conocen de fecha cierta son posteriores. Por esto, teniendo en cuenta la fecha de estas columnas de Granada, consideradas como las más antiguas en España, basta cotejarla con las fechas de construcción del tabernáculo compostelano para apreciar la importancia y el relieve que esta obra adquiere en la formación del barroco español en general, y de manera particular en el de la región, como vamos a ver.

Ya hemos dicho que en 1643 resuelve el Cabildo realizar las obras de reforma de la capilla mayor y la ejecución en ella del tabernáculo, sin embargo, no se comenzaron hasta pasado el año 1658, en que consta se pagaron mil reales a Pedro de la Torre, arquitecto de Madrid, por una traza que hizo para el tabernáculo (1).

(1) Libro 2.º de Fábrica, fol. 55 v.º Arch. Cat.

Todo ese tiempo se pas3 en vacilaciones, ejecuci3n, examen y discusi3n de trazas, busca de maestros y otras actividades que no hacían mas que impedir la concepci3n definitiva de la obra propuesta.

Con toda probabilidad esta indecisi3n continuaría apoderándose de la voluntad del Cabildo sin la oportuna intervenci3n de un hecho, en apariencia insignificante, pero de singular trascendencia artística. El 10 de Junio de 1655 se colgaron en la capilla mayor los tapices que enviara como regalo al Apostol el Rey Felipe IV. De como eran estos tapices se derivan noticias que debemos recoger. En el libro 31 de Actas Capitulares, folio 377, consta la relaci3n de las cosas que en Junio de 1655 envi3 el Rey: «Seis paños de colgadura con sus columnas y en lo claros sus jarros de flores sobre pilastras, todo matizado. Un dozel con tres piezas de cenefas y su respaldo todo matizado. Una columna que venía aparte echura de los mismos paños. Etc.». Estos paños son los seis tapices que aun pueden admirarse entre los que componen la rica colecci3n del Museo Diocesano de Santiago. Hállanse, por desgracia, muy destrozados, siendo causa de esto el accidentado uso que de ellos se hizo a lo largo de los ańos; primero se colgaron en torno a la antigua capilla mayor, mas tarde, una vez reformada ésta, pasaron al claustro donde estuvieron expuestos sufriendo durante largo tiempo el duro clima de la regi3n y de allí trasladados, por último, al lugar que hoy ocupan. Representan motivos de paisaje variados entre columnas salomónicas cubiertas de hojarasca, la cual trepa por la parte angosta de las espirales a partir del tercio inferior, pues este presenta, tan solo, estriás que siguen el movimiento del fuste.

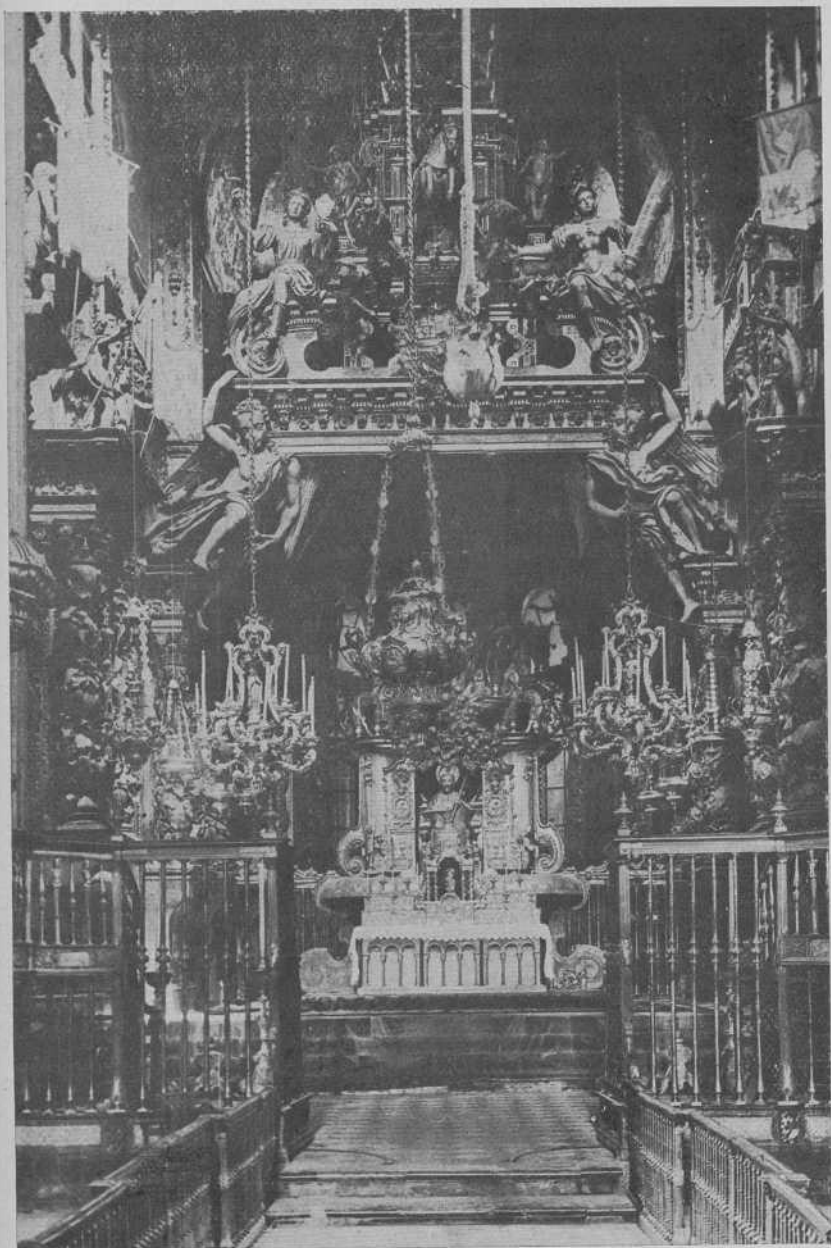
¿De donde proceden estos tapices? Sabemos que los envi3 Felipe IV, pero no existe ninguna otra noticia que pueda responder concretamente a la pregunta. ¿Procederán, tal vez, de la famosa fábrica de tapices de Santa Isabel protegida de manera especial por Felipe IV? Es esto lo más probable, pues el motivo ornamental característico de dichos tapices, la columna salomónica, procede del tipo importado por Rubens; si bien, las de los paños compostelanos, tiene mayor semejanza con las que traz3 el pintor flamenco en los cartones para la colecci3n de María de Médices (Museo del Louvre), que con las reproducidas en los de las Descalzas

Reales. No obstante, sea cualquiera el origen de los tapices compostelanos, de ellos se deriva un hecho de positivo valor para la formación de nuestro barroco. Además de lo dicho por López Ferreiro en este sentido, es tradicional en Santiago designar a estos seis tapices como el plano de la capilla mayor de la Catedral. Claro está que tal concepto se refiere, tan solo, a la adaptación que en la obra se hace de la columna salomónica en ellos reproducida, pues en la disposición general del tabernáculo nada se aprecia que tenga relación alguna con ellos. Es indudable, por consiguiente, que de dichos tapices, y como consecuencia de haber estado colgados en la capilla mayor desde 1655, se tomó el elemento ornamental más importante de la obra reproduciendo en madera la columna en ellos dibujada, si bien prescindiendo del tercio inferior estriado.

Por las notas documentales sabemos que en 1659 se trabajaba en la obra del tabernáculo, pues a Bernardo de Cabrera se le pagaron 29.900 maravedís por su salario de asistencia a la obra en todo ese año (1). Igualmente, consta, que en el mismo año 1659, se pagaron «doscientos seis Reales de vellón a Simón López escultor, por tornear las columnas para el Tabernáculo» (2). Este último dato merece la máxima atención si apreciamos su alcance. Ciertamente que no se dice como eran esas columnas pero, teniendo en cuenta que en el tabernáculo no existe otro tipo sinó las de fuste salomónico y que la obra se comenzó en este mismo año 1659, no puede dudarse que aquellas columnas torneadas por Simón López sean las mismas existentes hoy. La consideración de este hecho nos conduce a otro de mayor importancia todavía. Basta recordar lo que decíamos acerca de las más antiguas columnas salomónicas conocidas, las del retablo de la Compañía de Granada fechadas en 1660, para juzgar con preferencia de antigüedad las del tabernáculo compostelano, puesto que sabemos se construían ya en 1659. Ante esto, podemos señalarlas, al menos por hoy, como las primeras conocidas en España ejecutadas en madera y aplicadas a los retablos. El hecho de aparecer en Compostela por primera vez

(1) Libro 2.º de Fábrica, fol. 58. Arch. Cat.

(2) Libro 2.º de Fábrica, fol. 60. Arch. Cat.



no supone, desde luego, que de allí pasara su empleo a otras regiones, pues ya hemos indicado como lo más probable que por el mismo procedimiento, es decir copiándola de los tapices, se adaptaría en Castilla donde llegó a ser tan empleada.

Ahora bien, ateniéndonos al valor intrínseco de la obra se aprecia fácilmente en toda ella una dirección artística perfectamente orientada hacia una nueva concepción de las formas constructivas. Claro está que se trata del comienzo de una evolución, pero completamente orgánica, decisiva, en todo momento plena del anhelo de creación. En toda la obra se va en busca de nuevas modalidades y tras el logro de cuanto no represente la ciega obediencia a los modelos de antiguo consagrados, lo cual denota, desde luego, la presencia de una gran personalidad artística. En efecto así lo confirman los documentos. En 1649 fué nombrado canónigo de Santiago D. José Vega y Verdugo ⁽¹⁾. Este personaje tenía grandes conocimientos sobre materia de arquitectura, lo cual motivó le nombrase el Cabildo canónigo fabriquero, cargo que desempeñó durante largo tiempo con singular acierto. Bajo su dirección se ejecutaron importantes obras en la Catedral, entre ellas la de reconstrucción de la capilla mayor y erección del tabernáculo y altar del Apostol. Nada dicen los documentos a este respecto, sin embargo, es lógico suponer que sea al propio Vega y Verdugo a quien se deba la adaptación de la columna salomónica en la obra del tabernáculo, máxime si se tiene en cuenta que él la dirigió. Así consta en Acta Capitular de 22 de Octubre de 1663, en la cual se dice que el canónigo fabriquero, Vega Verdugo, propuso le prorrogasen su salario «en consideración del mucho desvelo y trabajo que había puesto en formar las trazas para la obra de esta Santa Iglesia y su tabernáculo y lo que había obrado; y que él había continuado con la asistencia de dichas obras y trazas» ⁽²⁾. Esto contrasta bastante con la afirmación de López Ferreiro de que la planta adoptada en su mayor parte fué la ejecutada por el arquitecto de Madrid Pedro de la Torre. Ya hemos dicho que en 1658 se dieron a este arquitecto mil reales por una traza para el tabernáculo,

(1) Según López Ferreiro, op. cit. tomo IX.

(2) Libro 33 de Actas Capitulares, fol. 372 v.º Arch. Cat.

no obstante, es muy difícil señalar con alguna exactitud hasta que punto alcanza la aceptación de esta traza, pues, si bien documentos posteriores confirman el empleo de la misma, la concepción general de la obra se halla a gran distancia artística de cuanto se conoce de este arquitecto y su época. Pedro de la Torre, arquitecto y escultor madrileño, desempeña singular papel en el desarrollo del arte castellano durante la primera mitad del siglo XVII⁽¹⁾, en cuyos años cristaliza el espíritu barroco que en lo sucesivo va a dominar la sensibilidad de los artistas nacionales. Trabajó con el Hermano Bautista, uno de los iniciadores del barroco castellano, lo cual motivó, sin duda, las palabras de Cean Bermudez: «En tiempo de Torre ya decaía el buen gusto de la arquitectura y se sospecha que haya contribuido a ello». A pesar de esto, si consideramos que el motivo dominante en la capilla mayor es la columna salomónica, elemento de gran novedad entre los múltiples recursos ornamentales hasta entonces empleados, basta para rechazar la influencia de un Pedro de la Torre, cuyas obras no anuncian ni de lejos la libertad artística que tal elemento representa. Ciertamente, sin embargo, que la traza de Torre fué utilizada, pues así lo demuestra el contrato efectuado entre Pedro del Valle, escultor, y el canónigo fabriquero Vega y Verdugo⁽²⁾ por el cual aquél se obligaba a hacer «cuatro figuras de Virtudes para dicho tabernáculo; y si se hiciese la imagen del Santo Apostol y los cuatro Reyes que le tienen en su sitial y almohadas, según está en la traza de Pedro de la Torre, también los ha de hacer». Por esta nota vemos que se respetaba dicha traza, y se confirma más, aun, al examinar el altar del Apostol en el cual se aprecia que cuanto en ella se dice fué ejecutado. Ahora bien, reconocido esto en su justo sentido, parece indicar que la intervención de las trazas del arquitecto madrileño alcanzaron solamente al Altar del Apostol y no al resto formado por el gran baldaquino que lo cubre, cuyas dos obras, si bien se quiere, pueden separarse para su estudio, pues se distinguen notablemente.

Ante lo que dejamos dicho cobra singular importancia Vega y Verdugo, pues es la única persona de quien se sabe documentalmente que además de dirigir por sí mismo la obra dió trazas para

(1) A. Cean Bermudez: «Diccionario histórico de artistas».

(2) Colección de documentos sueltos núm. 19, Arch. Cat.

su ejecución. Respecto al desarrollo de la construcción, basta seguir los datos que proporcionan las notas documentales para apreciar la consideración que mereció al Cabildo y la calidad de cuantos en ella trabajaron, como vamos a ver.

En 1660 trabajaba en la obra Bernardo de Cabrera, entallador famoso por las múltiples obras que realizó en Compostela. En 1661 se pagaron dos mil trescientos cuarenta reales que importaron catorce capiteles para las columnas del tabernáculo concertadas con Pedro Taboada a 160 reales cada una (1). En el mismo año y en el siguiente, 1662, se efectuaron pagos a nombre de Blas do Pereiro por la ejecución de gran cantidad de modillones para la cornisa del primer cuerpo del tabernáculo. Igual ocurre con Lucas Serrano por 318 carteles para el mismo primer cuerpo (2). En 1663, aparece otro dato interesante que viene a confirmar la interpretación que hemos hecho anteriormente al juzgar como salomónicas las columnas «torneadas» por Simón López en 1659, dice así: «Se pasan en cuenta Mil ochocientos y Veinte reales que importaron el colubrinar catorce columnas y tornearlas, cada una a precio de ciento treinta reales, las cuales se concertaron con Simón López de que hizo papel, y las demás a jornal en dicho año de 1663» (3). Aquí se dice «culebrinar» y tornear las columnas, con lo cual queda completamente demostrado que se trata de un fuste salomónico, pues no tiene otra interpretación posible la palabra colubrinar. No debemos olvidar, tampoco, que se encargaban al mismo Simón López que había ejecutado las de 1659. Pudiera dudarse si tales fustes se cubrían ya con racimos y hojas, lo cual no señalan los documentos hasta el año 1669, pero desaparece la duda al recordar que las columnas reproducidas en los tapices se hallan cubiertas de hojarasca, motivo este que, como dejamos demostrado, representa el único origen, lógicamente posible, de la existencia de la columna salomónica en Compostela.

(Concluirá)

-
-
- (1) Libro 2.º de Fábrica, fol. 86, Arch. Cat.
 - (2) Libro 2.º de Fábrica, fol. 112.
 - (3) Idem, idem.

GALLEGOS OLVIDADOS

VIDA Y OBRA DE SACO Y ARCE

A D. MARCELO MACIAS, DEVOTAMENTE.

Pasó el 8 de Marzo de 1935, y con él, el primer centenario del nacimiento de Juan Antonio Saco y Arce, sin ruido, sin solemnidad, sin el más leve recuerdo; para Galicia pasó como si no pasara nada; no hubo ni un solo acto conmemorativo, ni una conferencia, ni una velada, ni una nota breve en el periódico, siquiera. Este silencio indecoroso no sabemos a que atribuirselo ¿es que ya no importan nada los hombres insignes que fueron? ¿es que la recordación emotiva es estéril e infecunda?, ¿es que ya no mueve al estímulo la vida ejemplar de nuestros valores representativos?, ¿es que nos hemos vuelto iconoclastas de nuestros precursores, por incontenible endiosamiento de nuestra vanidad?, ¿o, es que esta es una hora en que una oleada de materialismo soez lo ha invadido todo, para no dejarle nada a los campos de la espiritualidad y a las zonas de la creación histórica?, ¿o es también que al contrastar nuestros primeros valores intelectuales, advertimos que nuestra obra es muy pequeña con relación al esfuerzo de la obra que ellos produjeron?, ¿o es que contritos y vergonzantes tenemos que confesar que nada hacemos por añadir jalones a la acción que primaria o imperfectamente han desarrollado? Sean las causas las que fueren el hecho es, que jamás debió pasar este centenario en la obscuridad y en el olvido, dando una triste sensación de desentendernos de aquellas devociones y remembranzas que tanto nos ayudan en la observación de los problemas de Galicia y falta de aquel pundonor preciso para la exaltación de lo nuestro, de lo que nos habla al espíritu, al corazón y a la cabeza; no honrando a las vidas que fueron fértiles en el renacimiento intelectual y moral de un pueblo, los hombres caen en la abyección y los pueblos desaparecen de la Historia.

Sea pues este modesto trabajo, un intento de desagravio, un homenaje tardío, una admiración exteriorizada, que si viene a reparar en pequeña parte tan grandísima *falta, ya nos consideramos satisfechos.*

Sus primeros pasos

Este sacerdote, catedrático, filólogo, poeta y folklorista, ilustre en todas estas disciplinas, nació en Santa María de Alongos, Ayuntamiento de Toén, provincia de Orense, pueblecillo asentado en las orillas del Miño, de ese río tan nuestro, tan patriarcal e inspirador, tan dulcemente recordado por nuestros poetas, y de cuyo cariño participaba con orgullo Saco y Arce cuando decía:

Orillas del Miño,
 Solícita madre
 La cuna de un niño
 Tiempo ha que meció
 Raudal de embeleso,
 ¡Oh Miño! a esa madre
 ¡Ay! llévale un beso,
 Que el niño era yo.

Sus padres eran de distinguida progenie; su padre D. José María Saco, era descendiente de la noble casa y solar de Bendoiro (Lugo), y su madre doña Justa Arce, hija de uno de los cortesanos áulicos de Fernando VII. A su hijo Juan Antonio prodigáronle además de una exquisita educación un profundo cariño, buena prueba de ello dejó en sus dos poesías «*El cariño paterno*» y «*A una violeta*», dos bellas composiciones en que rebosa su saudosa ternura filial. Juan Antonio cursó las primeras letras y latinidad en un pueblo cercano al suyo, antes de la reforma general de estudios, y después obteniendo siempre las mejores calificaciones, ingresó en el Instituto de Orense, donde recibió el grado de bachiller en artes. En 1851, decidido ya por la carrera sacerdotal, figuró entre los alumnos de Teología en el Seminario Conciliar de San Fernando de Orense, con tanto provecho y brillantez, que el por entonces prelado Ilmo. Sr. D. Luis Lastra, que más tarde fué Arzobispo de Sevilla, le apreciaba y distinguía con verdadero fervor. Trasládose luego a la ciudad de Compostela «ciudad augusta, la de inclitas historias, espléndida en recuerdos, fecunda en devoción», y de 1854 al 58, cursó Teología en la Universidad, obteniendo varios premios ordinarios y uno extraordinario. Con estos estudios alternaba los

de Filosofía y Letras, dedicándole preferente cariño a las lenguas sabias, como el griego y el hebreo, que más adelante habían de ser base y objeto de sus investigaciones científicas en sus trabajos filológicos.

El Catedrático

El 9 de Diciembre de 1858, fué nombrado interinamente catedrático de griego en Pontevedra, siendo éste su primer servicio en la vida docente. En Diciembre de 1861, se ordenó de presbítero, para lo cual le había preparado una verdadera vocación, a prueba con toda clase de renunciamientos, rechazando más cómodos y pingües ofrecimientos. En 1862, siguió los estudios del doctorado en Sagrada Teología en la Universidad Central, dedicándose al mismo tiempo por propio interés y sin maestro al cultivo del francés, alemán e italiano; convocadas las oposiciones a cátedras de latín y griego en diferentes Institutos, Saco actuó en ellas con tal brillantez que obtuvo el número uno entre más de veinte opositores, y teniendo derecho a elegir Instituto, escogió el de Orense, para donde recibió su nombramiento. En 1866, recibió en la Universidad de Santiago el grado de bachiller en la Facultad de Filosofía y Letras. Estalló la revolución de 1868 y habiéndosele exigido a los profesores el juramento de la Constitución, Saco creyó igual que otros, que no podía hacerlo con plena seguridad de conciencia y renunció su cátedra. En otro período de la revolución volvieron a sus cátedras, encargándose Saco el 11 de Marzo de 1873 de la cátedra de Retórica y Poética hasta su fallecimiento ocurrido el 14 de Septiembre de 1881. Sus servicios en la enseñanza pública fueron de 13 años, 4 meses y 26 días. Además de las cátedras que desempeñó en propiedad por nombramiento de sus directores sustituyó a otros profesores del mismo Instituto de Orense, en el que figuró algún tiempo como secretario y habilitado. A pesar de ser tan poca su antigüedad en la enseñanza, teniendo en consideración sus méritos, obtuvo en 1878 un premio en el profesorado y el aumento de 250 pesetas en el sueldo que anualmente percibía. En el ejercicio de su profesión era tan bondadoso como sabio; el ha poco fallecido D. Salvador Padilla, también gramático y catedrático del mismo Instituto, al recordar sus conversaciones con otro orensano

ilustre Arturo Vázquez Núñez, que le refería anécdotas de cuando cursaba griego con Saco, escribía que por su sabiduría era «digno de figurar en la Asamblea del *Banquete* de Platón con su bagaje clásico que le daba cierta superioridad entre sus contemporáneos». En el Instituto de Orense se halla un retrato al óleo de Saco, en el que aparece vestido con toga y medalla de catedrático, teniendo en sus manos un volumen de su *Gramática Gallega*.

El Filólogo

La casi totalidad de los poetas gallegos han dedicado un Canto a Galicia; una excepción fué Saco, quizá por darse cuenta de que a Galicia le hacían falta más que himnos, vindicaciones, y comprendiendo lo que en sesión solemne y memorable dijo Murguía en Barcelona: «La lengua de un país es su propia bandera», y la «lengua gallega, la más dulce y meliflua de cuantas han aparecido en Europa sobre las ruinas del antiguo idioma de Lacio», venía «sufriendo una lenta pero incesante destrucción, merced al continuo roce con la lengua oficial y clásica de los españoles», dió a la estampa su famosa *Gramática Gallega* (editada en Lugo por el impresor Soto Freire el año 1868), que después de la *Gramática Gallega-Castellana* (Santiago 1864) por Francisco Mirás, fué el primer intento serio de dotar al idioma gallego de fundamento y reglas para su perfecto estudio. Según opinión de algún escritor, nuestro Saco pudo ser el unificador del gallego, al igual que Pompeyo Fabra lo fué del catalán, de haber escrito sus obras más tarde, cuando los estudios filológicos tenían una trabazón más científica y de haber hallado en nuestro país aquella aceptación de interés y entusiasmo que tanto alientan para el trabajo y la producción. A pesar de ello, dicha *Gramática* aún hoy en día se considera como libro indispensable de consulta para todos los que profundizan en el alma de nuestra vernácula lengua. En su prólogo empieza deplorando el innoble desdén que los hijos de Galicia tienen por su idioma, condenando a los renegados y espuréos que se avergüenzan cuando de expresarse en el lenguaje nativo se trata, con «el imbécil rubor, del miserable que se avergüenza de su patria»; invita a los poetas a escribir en él sus composiciones literarias; promueve en él los estudios filológicos y desea facilitar la

lectura, inteligencia y expresión del gallego en los antiguos y modernos tiempos; rechaza con «enxebriísima» entereza toda ingerencia de voces exóticas o inventadas con petulancia académica, que no hayan sido escuchadas por él de labios lugareños en todo su casticismo y rusticidad. De su *Gramática* el mejor elogio que de ella puede hacerse, es que todos cuantos han hecho trabajos lingüísticos sobre el gallego en tal obra han recogido materiales abundantes para ellos, todos ellos desde Cuveiro Piñol hasta Couceiro Freijomil, pasando por el no gallego Vicente Garcia de Diego, la elogian y consultan con fervorosa admiración. El ya citado Sr. Padilla, buen gramático como lo demuestra en su *Gramática histórica Castellana*, habla de ella con entusiasmo y admira como Saco había adivinado las leyes fonéticas a que están sujetas las lenguas románicas, cuando en aquel tiempo no se pasaba de la teoría gramatical, expuestas con vigorosa soltura y erudición, así como su teoría de la *Composición y derivación* cuyas treinta páginas son de una precisión admirable y para que nada falte, esparce acá y allá observaciones muy afinadas que pertenecen a la vida histórica del idioma, como giros comparativos en relación con el griego, el latín, el castellano, el francés y el italiano. En esta obra puso Saco su vehementísimo amor a Galicia, dedicándole con amorosa paciencia sus vigilias y labores a la lengua mátria, convencido como en la confesión de Juan de Valdés en su *Diálogo de las lenguas*: que «todos los hombres somos obligados más a ilustrar y enriquecer la lengua que nos es natural y que mamamos en las tetas de nuestras madres, que la que nos es pegadiza, y que aprendemos en los libros», cumplía decorosamente con su deber de gallego. Su sola tentativa generosa de abrir camino a otros y completos estudios es más que suficiente para hacerse perdurable su memoria en la posteridad. Sus méritos debían ser bastante destacados, cuando eminencias literarias de la talla de Valera, Cánovas del Castillo y Hartzenbusch le propusieron para miembro correspondiente de la Academia Española, sin él haberlo solicitado, siéndole otorgado tal nombramiento el 23 de Marzo de 1872. El se había dedicado con celosa perseverancia al estudio de su idioma, en la misma época en que el diligente profesor de Gijón Sr. Junquera, estudiaba el habla asturiano, el Sr. Boraó, insigne catedrático de Literatura

en la Universidad de Zaragoza, publicaba su *Diccionario de las voces aragonesas* y el Sr. Astarloa disertaba sobre el vascuence. Todos parecen olvidados en esta feria de mercachifles literarios y falso oropel de valores improvisados. Saco y Arce, dejó varios trabajos inéditos como testimonio de su ardor infatigable, figurando entre ellos un extenso tratado acerca de la sintaxis castellana, sobre cuya búsqueda debían hacerse las gestiones oportunas cerca de sus amigos o familiares.

El Poeta

Un solo libro de versos nos ha dejado Saco, con el título de *Poesías* (Orense 1878), en la imprenta de J. Rionegro, libro de 419 páginas, coleccionando hermosas y perfectas composiciones, fechadas en Madrid, Santiago, Pontevedra, Orense, Alongos, etc., desde los años 1855 al 57, muchas de ellas dedicadas a amigos y familiares y en las cuales pueden verse a su través todos los sentimientos y devociones de su autor. Destacan entre sus poesías *La guerra*, de gran sonoridad, de fuerte poder descriptivo, en que resalta los horrores de estas hecatombes, invocando siempre principios de piedad; hermoso su soneto *A Jesucristo en la Cruz*, exhalación arrepentida de alma pecadora lo mismo que la que compuso en gallego *A Xesús*; en *El Campo Santo*, desbórdase su filosofía sobre el destino de la vida y del alma; Saco y Arce llevó a la poesía gallega los temas místicos, con las traducciones de *O sol salutis intimis*, *Miserere mei Deus* y *Stabat Mater Dolorosa*, esta última, prodigio de habilidad técnica, por lo fielmente que interpreta el dolor que en sus litúrgicas estrofas supo derramar el Santo Pontífice Inocencio III. Mucho se ha discutido sobre las aptitudes de la poesía gallega para tratar asuntos bíblicos, debido quizá más que a falta de condiciones, a la poca propensión de nuestros vates para arrojarse en éxtasis y contricciones, que no sabemos si por un fenómeno psicológico les va mejor con la musa retozona y bullanguera de la sátira socarrona, de la descripción bucólica o con el frenético estallido de la lírica viril. La Pardo Bazán así parece reconocerlo, pues al comentar estas traducciones dice: «No ocultaré tampoco cuan infructuosas, aunque loables, me parecen las tentativas de desarrollar temas abstractos y de las gi-

gantescas proporciones del salmo *Miserere* en el dialecto gallego, m3s a prop3sito para la nota concreta, viva, pintoresca, sentida a veces, ing3nua y natural siempre y popular en suma». Sin embargo esta eximia escritora con conceptuali3n m3s amplia, se expresa de esta otra manera: «Son, sin duda, las poes3as del Sr. Saco, gallarda rama del arbol colosal de la religiosa poes3a, cuyo eterno tronco, siempre joven, siempre florido, son los Evangelios y dem3s libros sagrados. Muchas condiciones avaloran el nuevo reto3o: correcci3n de lenguaje, extremada pulcritud y esmero en el vaciado de la idea, buen sentido en la elecci3n de las im3genes, alma y calor en la expresi3n de las creencias. Armonioso, fl3ido y f3cil cuando describe *El arroyo*, vehemente y trascendental en *Ansiedad*, alentado y vigoroso al dirigirse *A una mont3a*, verdaderamente sublime al cantar *A Dios*, el n3men del Sr. Saco es siempre f3rtil y galano, siempre ajustado a las mejores tradiciones de la m3trica castellana. Con delicada sobriedad huye de los efectos de rebuscamiento, de las aparatosas galas de relumbr3n que con tanta frecuencia ornan—mejor dij3ramos, afean—la l3rica de hoy. Nada teatral o hinchada se encuentra en estas inspiraciones, en que impera la armon3a y hierven los rasgos felices.....»

Mil3 y Fontanals, ilustr3simo esteta y juicioso apreciador de la historia literaria, refiri3ndose a la edad de Saco, dice: «Esto, sin embargo no me ha impedido que reconozca las bellezas de sus composiciones, su buen lenguaje, su buen gusto, su sabor cl3sico, el amor a la naturaleza, los delicados y vivos sentimientos de amistad y de familia, la elevaci3n religiosa que tanto precio da no solo a las m3sticas, sin3 tambi3n a muchas de las anteriores». Por ser los versos de nuestro biografiado, impecables en cuanto a la rima y a las combinaciones m3tricas, por no permitirse, ni ripios ni licencias disonantes, pudo nuestro buen amigo y notable poeta Augusto Mar3a Casas, (que pos3e geniales disposiciones para la cr3tica), decir de *Poes3as* «que era un magisterio de Po3tica». Son algunos escritores los que han llegado a notar en ellos falta del n3men de fuego, el estro, el *quid divinum* de los amados de las musas, sucedi3ndole as3 lo que acontece en los de Men3ndez y Pelayo, Balmes y Valera, como si la mucha sabidur3a de estos

hombres cumbres perjudicase el manantial de sus claras inspiraciones poéticas.

El Folklorista

Otro aspecto de la vida galleguísima e intelectual de Saco, es la de bucear en la reciedumbre popular de Galicia en busca del auténtico folklore. En paciente recolección, logró coleccionar una rica serie de coplas, villancicos, diálogos, romances, cuentos y refranes gallegos, de que con el título de *Literatura Popular de Galicia*, empezó a publicar los primeros pliegos en Orense, 1881 (en la imprenta de Gregorio R. Lozano), y que hubo de interrumpirse por la muerte de Saco. Todos o buena parte de los pliegos fueron a parar a manos extrañas, hasta que una feliz casualidad los dió a conocer al entusiasta miembro de la Comisión de Monumentos Sr. Marquina, quien los recogió e hizo otras gestiones con los familiares de Saco, los cuales generosamente pusieron a disposición las numerosas cuartillas originales que conservaban en su poder, siendo insertadas en este BOLETÍN (1910-24), donde se recogieron unos 1.000 cantares precedidos de una larga y erudita introducción, pudiéndose apreciar el extravío o pérdida de muchas de sus cuartillas. Fué el iniciador de esta clase de trabajos en Galicia. Antes que Marcial Valladares, Pérez Ballesteros, Leiras Pulpeiro, Salvador Golpe, aquella desaparecida sociedad del Folklore Gallego presidida por doña Emilia Pardo Bazán y otros más contemporáneos, ya Saco extraía del caudal popular estas joyas de inestimable valor racial, pues el Folklore tiene tal importancia, que es el único que nos deja intacta la fisonomía espiritual, la idiosincrasia, el carácter, el tipo propio de nuestro país, en fin todo aquello que la mano niveladora de la civilización va borrando en su afán antitradicional. También ha facilitado muchas veces en la investigación histórica, el esclarecimiento de un punto oscuro o el hallazgo de contactos originales entre unos pueblos y otros.

Saco era crítico, también, como lo demostró en el enjundioso ensayo que con título de *Poesía gallega contemporánea; sus defectos más comunes*, publicó en la revista orensana «Heraldo Gallego» (1876) que fundara y dirigía el llorado Valentín Lamas Carvajal.

Su carácter

Fernández Alonso, lo retrató de esta manera: «Ejemplar sacerdote y distinguido filósofo, no dejó de ser inspirado poeta y escritor correctísimo, apasionado de las glorias y tradiciones del país. Su modestia y humildad, la bondad de su corazón, su caridad y sentimientos de ternura, dejaron indeleble recuerdo en cuantos hemos tenido la fortuna de honrarnos con su delicioso trato».

La muerte vino a llevárselo, después de una enfermedad de tres largos años, que sobrellevó con ejemplar y santa resignación, sin abandonar el trabajo un solo día; perfeccionar sus obras y preparar otras nuevas, eran sus febriles preocupaciones en las tréguas del dolor y bajo un aplastante decaimiento de sus fuerzas físicas. Habiéndosele aconsejado por los médicos un viaje por mar, lo emprendió en el último año de su vida, visitó a sus familiares repartidos por España, visitando varios puertos y deteniéndose con ascético recogimiento en el Santuario de la Virgen de Lourdes. Permitióle Dios volver a su amada tierra, para expirar en ella a los cuatro días de su arribo, con la conciencia tranquila de haber conservado su alma impoluta y su cerebro jugoso y fecundo en honras para su patria.

Colofón

Pocos homenajes a su memoria se han tributado; además del cordial que la Comisión de Monumentos le ofrendó publicando sus trabajos inéditos, el Ayuntamiento de Orense, por iniciativa de su diligente Alcalde Sr. Pereiro Rey, queriendo perpetuar su recuerdo, hizo fijar en la casa paterna de Saco, una lápida con la siguiente inscripción:

AQUI VIVIO Y MURIO
EL POETA INSIGNE
D. JUAN ANTONIO SACO Y ARCE
AUTOR DE LA GRAMATICA GALLEGA

teniendo lugar su descubrimiento el 12 de Setiembre de 1887, dedicándole su nombre a una calle de la ciudad. Por iniciativa del Sr. Couceiro Freijomil, admirador entusiasta de la figura intelectual de Saco, dedicó un extraordinario en el diario orensano «La

Zarpa», conmemorando el 93 aniversario del nacimiento de nuestro ínclito filólogo.

Tengamos fé en que otro aniversario no pase como pasó este centenario en las espesuras del olvido, haciendo votos para que cundan los actos de homenaje a nuestros valores simbólicos; mientras tanto digamos con Saco:

Ornad de siemprevivas la muda sepultura
Del vate que a su patria de lauro ornó la sien,

ALBERTO VILANOVA

N. de la R.—El primer centenario del nacimiento de D. Juan Antonio Saco y Arce, si no con la amplitud merecida, fué recordado, por lo menos, en los diarios orensanos «La Región» (número del 5 de Marzo de 1935: artículo de D. Vicente Risco), y «La Zarpa» (número del día 8: retrato y artículo conmemorativo), y el semanario «Heraldo de Galicia» (número correspondiente al día 4 en hoja literaria con artículos entre otros, de D. Juan Saco Maureso y don Paulino Pedret Casado), y por una conferencia de D. Ramón Otero Pedrayo.

El Seminario de Estudios Gallegos tomó el acuerdo de editar los inéditos existentes del autor de la *Gramática Gallega*, acuerdo que las circunstancias no permitieron realizar.

DOMINICOS ORENSANOS ILUSTRES

El Maestro Fr. Esteban Ribera

Nació en la villa de Verín, y profesó en el convento de Santa Maria la Real de Trianos (provincia de León), por el cual fué elegido colegial de San Gregorio de Valladolid con fecha 13 de Septiembre del año 1606; distinguiéndose entre todos los colegiales por sus dotes de ingenio y por su aplicación al estudio y al ejercicio de la virtud y saliendo un excelente y muy docto religioso. Fué consiliario, lector de Artes y maestro de estudiantes en el mismo Colegio. Enseñó después Teología muchos años *cum magna laude* y a satisfacción de alumnos y de compañeros de profesorado, en los conventos de Trianos, Toro y Toledo.

Se dió también mucho a la predicación y al confesonario, acreditándose de excelente predicador y prudente consejero.

Varón ejemplar y de singulares dotes de gobierno, amante en extremo de toda virtud, y muy celoso y observante de la disciplina regular, desempeñó con grande acierto el cargo de prior de los conventos de Trianos, Vitoria, Zamora, Toro y la Pasión de Madrid, dejando en todos ellos grato recuerdo de su gobierno; pero suspirando constantemente por la vida oculta y humilde de la celda, y procurando esquivar cargos honoríficos y de mando, renunció a los prioratos de Segovia y de Toledo, para los cuales también había sido elegido, y al rectorado del Colegio de San Gregorio de Valladolid por dos veces, en 1637 y 1646.

Graduósele de maestro en Sagrada Teología en el Capítulo provincial celebrado en Benavente con fecha de 1637, siendo prior del convento de Toro. Y después fué definidor en el Capítulo provincial de Toro el año 1639, y del Capítulo generalísimo convocado en Roma por el Papa Urbano VIII en el año 1644, para juzgar la conducta del Maestro General de la Orden, Fr. Nicolás Rodulfo.

Residió luego por espacio de muchos años en el convento de Vitoria, edificando a religiosos y seglares con la santidad de su vida y consagrado por entero a la santificación de las almas en los ministerios de la predicación y del confesonario, a los cuales era muy asíduo a pesar de sus muchos años y de sus grandes y continuos achaques, sirviendo de consejero a nobles y plebeyos, a ricos y a pobres, que recurrían a él en sus cuitas a buscar dirección y consuelo, con grande veneración hacia su persona y llenos de confianza en sus prudentes consejos y sabias resoluciones.

Religioso humildísimo y de una virtud a toda prueba, rehusó en diferentes ocasiones, con ejemplar insistencia, los honores de los altos cargos palaciegos que repetidas veces rondaron sus puertas para encumbrarle a las mayores alturas, huyendo de las grandezas de la Corte, cuando podía disfrutar a su sabor del valimiento de Príncipes y Reyes, que le veneraban y solicitaban con ansia su dirección espiritual y sus consejos, requiriendo su presencia en el Palacio Real, y llegando a valerse para ello de la influencia del Maestro General de la Orden, Fr. Tomás Turco, el cual no pudo vencer la resistencia del santo varón a abandonar el retiro de su celda por la suntuosa morada cortesana.

Teníanle en tan elevado concepto los Grandes de España, y fiaban tanto de su extraordinaria virtud y relevantes prendas, que

los validos del Rey D. Felipe IV, Excmos. Sres. D. Luis de Aro y D.^a Catalina Fernández de Córdoba, no quisieron que ningún otro sinó el P. Ribera, sacase de pila a sus hijos, asegurándoles por este medio una existencia venturosa.

Escribió el P. Ribera la *Vida de la Sierva de Dios, Sor María de Sotomayor*, venerable religiosa dominica del convento de Jesús Maria de Toledo, de la cual había sido director espiritual y confesor, y por ende testigo de su admirable santidad; y a cuyas oraciones debía el haberse visto milagrosamente libre de una gravísima enfermedad, cuando ya no había remedio humano para ella.

También dejó escrito un libro muy docto y provechoso, que tituló: *Decisiones regulares de nuestra Religión y Provincia*, del cual dice el P. Arriaga en el tercer tomo de su «Historia del Colegio de San Gregorio de Valladolid» (próximo a publicarse, gracias a las diligencias y a la nunca bien ponderada labor del P. Manuel Hoyos), que es muy acreedor a los honores de la estampa; pero no sabemos si llegó a imprimirse.

El P. Melchor Gómez

Nació en la villa de Allariz, y fueron sus padres Juan Gómez y María de Nanín. En edad juvenil ingresó en el convento de San Esteban de Salamanca, donde hizo su profesión religiosa con fecha 8 de Septiembre del año 1580. Terminados los estudios y ordenado de Presbítero, pidió ser destinado a las Misiones de América, embarcando con rumbo a Méjico en compañía de su paisano el P. Juan Alonso, de quien ya nos hemos ocupado al tratar de los hijos ilustres del convento de Santo Domingo de Ribadavia, en la monografía de dicho Convento publicada en este BOLETIN.

Nos faltan detalles de su actuación en la región de Chiapa, cuyo apostolado le cupo en suerte; pero en el mero hecho de haber sacrificado su vida en aras de la evangelización de los indios, se ha hecho acreedor a una mención honorífica entre los hijos ilustres de la provincia de Orense.

FR. AURELIANO PARDO VILLAR.

MISIONEROS DOMINICOS ORENSANOS

Tiene la provincia de Orense su lucida representación en las Misiones Católicas del Extremo Oriente (Filipinas, Japón, China, Formosa, Tung-King) encomendadas al apostolado de la Orden de Santo Domingo. Y lástima es que por falta de algunas fuentes

de información, que a pesar de varias tentativas no hemos logrado consultar, no se pueda presentar aquí un cuadro más completo de misioneros orensanos; ni nos sea dado trazar con más amplitud de detalles los rasgos biográficos de aquellos, cuyos nombres han llegado a nuestro conocimiento.

Del santo mártir del Japón, Fr. Pedro Vázquez, ya nos hemos ocupado en el número 218 de este mismo BOLETIN. En el presente y otros sucesivos, vamos a delinear a grandes rasgos los bosquejos biográficos (simples notas en más de un caso) de los misioneros que conocemos del Tung-King e Islas Filipinas, comenzando por el primero y único que aportó a las playas tunquinesas.

El V. P. Manuel Estévez

Nació este ilustre Misionero en San Verísimo de Celanova el día 31 de Marzo del año 1831. A los 16 años de edad ingresó en el Colegio de Misioneros para ultramar que tienen los Dominicos en la villa de Ocaña, e hizo su profesión religiosa el día 12 de Noviembre de 1848. Allí cursó también sus estudios hasta el año de 1852 en que, siendo aún subdiácono y estudiante de primero de teología, embarcó con rumbo a las Islas Filipinas, continuando y concluyendo la carrera en la Universidad de Manila y recibiendo la Sagrada Orden del Presbiterado en Septiembre de 1854.

Suspirando por ejercer el apostolado entre infieles, a fin de poder ganar más almas para Cristo, solicitó su incorporación a las Misiones vivas del Tung-King, para donde partió en compañía de los PP. Manuel Ignacio Riaño y Pedro Almató (el último venerado hoy como mártir en los altares); llegando juntos a Dong-Xuyen, pueblo del Vicariato Oriental de dichas Misiones, en los primeros días del mes de Agosto de 1855; y continuando viaje hasta Luc-Thuy, donde se hallaba el Vicario Provincial, a quien se presentaron con fecha 28 del mismo mes.

Apenas comenzada su obra de fervoroso apostolado en aquella cristiandad, se le nombró Rector del Colegio-Seminario de Ninh-Cuong, que dirigió con mucho celo y prudencia hasta que tuvo el desconsuelo de verlo un día completamente arrasado por los paganos al destruir dicho pueblo, donde moraban diez mil cristianos, en la persecución suscitada contra la Iglesia Católica en el año de 1858; viéndose obligado desde entonces a vagar largo tiempo por la región de Quan-Cuong, fugitivo y oculto, en compañía del P. Melchor García Sampedro (posteriormente martirizado por la Fe), después de haber enviado sus dispersos seminaristas al Vicariato Occidental de los Padres franceses, a donde no había llegado la persecución. Refugióse luego en una pequeña embarca-

ci3n, internándose en el mar, hasta que en el mes de Diciembre del mismo a3o, huy3 a Macao con otros misioneros, obedeciendo 3rdenes del V. Obispo de la Misi3n, Fr. Jer3nimo Herмосilla (tambi3n m3rtir de la Fe Cat3lica, y elevado ya a los altares).

Antes de cesar la persecuci3n, con fecha de 1862, pudo regresar ocultamente el P. Est3vez a la Misi3n; y desde su escondite informaba con largas relaciones, de los tristes sucesos acaecidos por entonces y de los horribles martirios que padecieron muchos millares de cristianos, las cuales fueron despu3s publicadas en el tomo XXXV de los *Anales de la Fe*. Por milagro pudo escapar entonces de las garras de sus fieros perseguidores, que le buscaban con ansia para degollarle.

Amainada la persecuci3n contra los cristianos, logr3 el P. Est3vez reunir otra vez a los seminaristas en el Vicariato, por el mes de Julio de 1863, reanudando sus tareas de ense3anza en uni3n de las de la direcci3n del Seminario. En el mismo a3o encarg3se del gobierno del Vicariato Central del Tung-King, en ausencia del Vicario P. Ria3o, hasta que regres3 este de Manila en Febrero de 1864. Por aquel tiempo escribi3 una hermosa Circular encaminada a fortalecer la Fe de los infelices cristianos, v3ctimas de una de las m3s sangrientas persecuciones que ha padecido la Iglesia Cat3lica.

Debido a sus excelentes prendas de ingenio y de s3lida virtud, y por su benem3rita labor en aquellas Misiones, iba a ser nombrado Vicario Apost3lico nuestro ilustre orensano, cuando le sorprendi3 la muerte en plena actividad misional y en edad en que todav3a pod3an esperarse de su virtud y de su celo 3pimos frutos. Hab3a salido de Cao-Xa con objeto de visitar al P. Ria3o; pero al llegar a Bac-Tinh acometi3le el c3lera morbo, que seg3 en flor aquella preciosa vida, expirando santamente, despu3s de recibir con gran fervor los Santos Sacramentos, en brazos de dicho P. Vicario, a los treinta y tres a3os de edad, el d3a 2 de Junio del a3o 1864; y dejando sumidos en el mayor desconsuelo a los Misioneros y cristianos, que no pod3an menos que llorar su temprana muerte como una p3rdida irreparable.

En el a3o 1863, imprimi3se en Manila un folleto suyo, titulado: «Relaci3n de los sucesos de la persecuci3n religiosa del Emperador del Tunqu3n T3-B3c.

FR. AURELIANO PARDO VILLAR.
